

## DOMINGO EN LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

29 de diciembre de 2002

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

Este domingo en la Infraoctava de Navidad, es decir, el que cae dentro de la octava de Navidad que festejamos hoy, nos recuerda lo solemne de la Natividad de nuestro Señor, la importancia de su Nacimiento, de ese misterio inefable de la Encarnación, que todo un Dios se encarne, se haga hombre, tome una naturaleza humana sin dejar de ser Dios, sin dejar de ser la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, sin dejar de ser el Verbo de Dios, del Padre, infinito, absoluto, se hace hombre de carne y hueso. Misterio que solamente se puede concebir a la luz de la fe y de la revelación que hace el mismo Dios por los profetas, por los padres y por el mismo Verbo Encarnado en el Nuevo Testamento. Es el mismo Jesucristo que se manifiesta y por eso creemos en Él. Es un dogma que no se agotará en toda la eternidad y que será el objeto de los bienaventurados.

La fiesta de Navidad es una de las más tiernas, porque ¿quién no se enternece ante un niño recién nacido, pobre, como ninguna criatura humilde nace en este mundo?; no lo hizo en una cuna, ni en una cama, ni en una habitación, ni en una casa, sino en un establo, en un pesebre, Él, el Rey de reyes, el Señor de señores, porque no había lugar en medio de los seres humanos que había creado. ¡Qué contradicción!, ¡qué escándalo! y sin embargo fue un hecho.

Más aún, vemos cómo San Simeón profetiza que nuestro Señor, ese bebé recién nacido, será signo de contradicción. O sea, que la liturgia, en medio de esta alegría, de esta ternura de la fiesta de Navidad y de la Octava de Navidad ya nos pone frente al paredón hablándonos de discordancia de este pequeño que acaba de nacer; y por si fuera poco, una puñalada más diciéndole a nuestra Señora que será traspasado su corazón por una espada. Ya la sitúa en esa vía dolorosa, de sufrimiento, con lo cual la Iglesia nos pregona una alegría en medio del sufrimiento, del dolor y de la Cruz; no es un carnaval, no es un fandango.

La alegría del católico es puramente sobrenatural porque naturalmente llora, gime y sufre y eso para imitar a nuestro Señor. Cómo Dios no escatima mostrarle a nuestra Señora y a San José y a todos nosotros lo que iba a pasar; la gran contradicción ante nuestro Señor Jesucristo. Quién diría, quién osaría pensar que nuestro Señor fuese algo contradictorio, algo escandaloso; pues sí lo es, la cuestión es saber para quién es sorpresa, he ahí la cuestión. Asombro para aquellos que no lo reciben, que no lo aceptan, que no lo adoran ni lo veneran. Escándalo entonces para todos los infieles, para todos los judíos, para todos los musulmanes, para todos los protestantes, para todos

los budistas, para todos los herejes, para todos los cismáticos; eso es lo que nos está diciendo el evangelio de hoy al señalarnos qué es signo de contradicción.

Luego, entonces, que no nos hablen de una falsa paz fuera de nuestro Señor Jesucristo, que no nos hablen de hermanos mayores ni de hermanos separados; ante nuestro Señor o se lo acepta y se lo reconoce con fe sobrenatural y entonces será paz y salvación para los hombres, o si no, será signo de contradicción, signo de condenación eterna. He ahí ya anunciado el infierno que es el fuego eterno para aquellos que no han correspondido al amor de Dios, que no han aceptado el amor y la bondad divina; por eso el infierno, por eso la contradicción, por eso el asombro.

Y ese escándalo lo da nuestro Señor a los impíos, a los que no le aman y lo da la Iglesia católica al mundo entero, al pagano y lo damos también y por eso tenemos que asumir ese escándalo con fe y no hacernos los bobos ni los tontos disimulando nuestra religión, ni camuflando nuestra condición; eso sería una apostasía, falta de fe, de espíritu de religión, de amor a nuestro Señor, de identidad como católicos; quizás por eso Dios ha permitido que toda esa masa que se decía católica, pero que no quería sustentar, difundir su catolicismo ante un mundo impío, claudique en la nueva religión ecumenista donde se abrazan todos los enemigos de nuestro Señor y ese es un hecho.

Por eso debemos guardar esa identidad de católicos, pero teniendo que aclarar que católicos fieles a la Tradición sacrosanta de la Iglesia, porque hoy no todo lo que se dice de Dios es de Él; no todo lo que se dice católico lo es, no todo lo que se dice que es Iglesia lo es, por la adulteración, por el socavamiento sutil de la fe, de la religión, del dogma. Porque la gente quiere hoy una religión light, que no sea ni chicha ni limonada, así como quieren que haya también ese tercer sexo, que no sea ni hombre ni mujer sino light, dándole derechos en nombre de la dignidad humana, ¡qué aberración, qué estupidez!, en qué cabeza se va a concebir que se casen dos mujeres o dos hombres y adopten hijos. ¡Qué mentalidad podrida, estúpida o imbécil!, luego será un crimen.

Entonces, lo que dicen las Escrituras, recordando que los pederastas, los homosexuales, los fornicarios se condenarán, que no podrán entrar al cielo, ya no se podrá decir, porque se les discrimina; ¡signo de contradicción! Y por eso será muy difícil, mis estimados hermanos, llevar la llama de la fe católica en un mundo como en el que nos toca vivir, porque ese signo de contradicción por la lógica consecuencia llevará a los pocos fieles al martirio y eso no debe asombrarnos. Por eso nuestro Señor nos habla de la poca fe, de la gran apostasía antes de su gloriosa venida, todo como consecuencia de la contradicción que profetiza en el evangelio San Simeón y eso es una espada para todo católico como lo fue para nuestra Señora, acero que atraviesa nuestra alma de dolor.

Pero todo católico debe saber que el dolor redime, lo mismo que el sufrimiento unido a la Cruz de nuestro Señor. El mundo pagano quiere el placer y gozar de los bienes y comodidades de esta tierra sin ningún orden, sin ningún fin; ese es su ideal y el del Renacimiento que hizo tanto mal en la Iglesia, que produjo tanto desastre aun en el Vaticano; vemos esas obras de arte idólatras que no tienen nada de católicas; fue ese espíritu del Renacimiento que invadió la corte papal, a los cardenales.

Lo que pasa es que la Historia pasa y olvidamos; gracias a cardenales como San Carlos Borromeo, San Pío V, al Concilio de Trento, no nos acordamos de esos hechos vergonzantes, pero justamente gracias a Dios y a esos Santos, a ese Concilio, esto más o menos se se detuvo, pero la consecuencia de todo ese escándalo renacentista en Roma fue el protestantismo, para caer en un paganismo ya no clásico sino germánico.

¡Cómo se vale el demonio de una reacción que puede ser buena, para que caigamos en otra peor si no somos equilibrados!; nos podría pasar también por reacción al modernismo, caer en una especie de puritanismo tradicional, creernos los únicos elegidos, sabios, maestros, doctores y buenos; eso sería un error. Es necesaria la humildad pero sin perder identidad, sin querer camuflarnos sabiendo que si somos fieles discípulos de nuestro Señor seremos signos de contradicción para nuestros propios familiares, vecinos, amigos, para la sociedad, porque hay que ser católico en todo, en la casa, en el trabajo, sin afectación ni beaterías por supuesto, que no producen sino asco a la religión.

Es necesario que toda virtud nos recuerde la virilidad, de ahí viene la integridad y de ahí el ejemplo de Santa Teresa que no se le caía la baba, porque hay que decirlo, durante muchos años se nos ha pintado a los santos con cara de bobos, rosados, más “mujercitas” que hombres, y los “padrecitos” siempre impostando la voz para hablar a tono de niñas de quince; cuántas veces eso ha sido rechazado, que se acerca a la Iglesia gente un poco ruda pero ven esos amaneramientos, esas imágenes, esas estampas todas coloreadas y ¿en qué terminan? Diciendo que la religión es cosa de mujeres. ¡Qué vergüenza!

La religión es para hombres y mujeres, de grandes y de niños y de todo aquel que tiene razón. Por eso es signo de contradicción, si no acepto la religión revelada, a nuestro Señor; eso es lo que debemos meditar a la luz del Evangelio, porque hoy éste ya no se predica; la mayoría de los sermones se reducen a anécdotas que muchas veces pueden ser buenas pero, como cuando vamos al cine (aunque yo no voy, por supuesto) para dar un ejemplo, se mira y después se sale a la calle y se olvida; la predicación es muy distinta, es para que seamos mejores, para que nos convirtamos cada día más, para que seamos en definitiva más virtuosos y más santos; que la virtud y la piedad se fundamenten en la verdad, en la doctrina. De otra forma se cae en un puro sentimentalismo; por eso, nuestro Señor es signo de contradicción.

Ese signo de contradicción lo debemos asumir cada uno de nosotros como otros discípulos de nuestro Señor, sin vergüenza, sin miedo, sin orgullo, pero con valentía, con fortaleza, para que así demos testimonio de Dios, de nuestro Señor, de la verdad.

Estos son los pensamientos a los cuales nos induce el Evangelio de hoy para que meditemos, reflexionemos en estas Navidades, para que no pase esta fiesta como uno más natural que sobrenatural. Debemos dar gracias que aquí en Colombia todavía guardamos el sentido de la Navidad y de la familia, lo que en Europa, en Estados Unidos y en otros lugares del mundo no se ve. Pues bien, que ese sentido hogareño de Navidad, sea sagrado como lo es la familia constituida por el sacramento del matrimonio, para que así podamos honrar a Dios en nuestra casa, para que esas novenas sean verdaderamente algo sobrenatural y que sean expresión ingenua si se quiere, como muchas veces les pueden parecer a los extranjeros los cánticos de Navidad, pero que son y que reflejan ese espíritu católico heredado de España, de la madre patria; que así entonces podamos conservar nuestras tradiciones de hogar católicas que son un dique de contención contra el modernismo, el individualismo liberal que está destruyendo la humanidad que nos presenta Estados Unidos como ideal de vida y de progreso.

¡Qué contradicción! Por eso debemos nosotros mirar no a los Estados Unidos que es el ideal del paganismo religioso más grande, sino el católico que nos ha legado España dándonos el lenguaje, la fe y la civilización católica para que así sobrevivamos a un mundo que rechaza todo lo que sea de Cristo y de Dios.

Pidamos a nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos consolide en el amor y en la fe a nuestro Señor y que podamos así corresponder sin que Él sea signo de contradicción para nosotros sino más bien de amor y de ternura de todo un Dios recién nacido. +